

Primer Premio Redacción Estudiantes

Martelo¹ Hammer², martillo neumático

Yo soy un martillo. No, no soy eso con lo que los jueces pegan delicadamente, estos son los aristócratas; ni tampoco aquellos con los que se clavan los clavos, estos son los proletarios. Yo soy un señor martillo. Reino: máquina. Tipo: metalizado. Clase: electrozoide. Orden: mazos. Familia: martillos. Género: martillensis. Especie: neumático.

Mi familia es una de las más respetadas de la ciudad donde vivo “Nuematicburg”, puesto que uno de mis antepasados, Maza Hammer² de Marteau³, fue fundador de la fábrica y escuela de tuercas, cuyo nombre es “TuercasTuerquitasTuercotas, S.L.”

Mientras os explico todo eso, estoy en una clínica. No, un taller de reparaciones, no, sino en una “Clínica Hospitalaria” de los humanos (son raritos, ¿eh?, esos tipos). He ido a visitar a mi chófer, es decir, al operario que me lleva de la mansión a mi empresa, y de la empresa a casa. Pierre, que es

¹ Martelo: Martillo en portugués

² Hammer: Martillo en inglés

³ Marteau: Martillo en francés



como se llama, intentando adiestrar a un pequeño martillo neumático, no se puso ni los cascos ni nada por el estilo. Total, que le estallaron los tímpanos.

Antes esto pasaba muy frecuentemente, hasta que mi padre fue elegido alcalde de la ciudad y ordenó que todos los humanos debían llevar protección cuando estuvieran ayudando a un martillo a trabajar o a divertirse o a limpiar... Vaya, que

cuando tuvieran que hacer algo con los martillos neumáticos tenían que tomar medidas de precaución.

Como Pierre, además de ser mi chófer, trabaja para una de mis empresas, “Neumática Amartillada S.L.”, los martillos inspectores de la aseguradora vinieron a verme a mí.

Me dijeron que difícilmente lo indemnizarían, ya que había sido error suyo, pero eso a mí no me importaba, puesto que si lo que quería era dinero, yo le podía dar todo el que quisiera; a mí, lo que me preocupaba era que pudiera recuperar el oído.

Como cada día desde el accidente de Pierre, subí al coche. Hoy no conducía Pierre. Hoy había otro humano. Parecía amable. Sin embargo, no era el chico afable y simpático que me preguntaba cada día cómo había dormido y con el que podía charlar. No era el humano con el que podía hablar de mis problemas. Así que cuando me preguntó por el destino, respondí con una simple, triste y concisa frase: “Al Hospital Malleus⁴”. De repente me di cuenta de lo que estaba haciendo. Estaba hablando, y él acataba mi orden. Este nuevo chófer estaba oyéndome. Estaba entendiéndome. Era algo muy simple, tanto, que no le daba importancia alguna. Era algo que hacía los 365 días del año, y con todo nunca había prestado tanta atención a algo tan aparentemente normal. Pero era lo más extraordinario que había visto nunca. Nos estábamos comunicando.

Un seco “Ya hemos llegado, señor” interrumpió mis pensamientos. Bajé del coche y entré en el hospital, y ya casi rutinariamente pregunté a los médicos cómo estaba, y ya casi rutinariamente respondieron a mi pregunta: “Igual que ayer”. Entré en la habitación. Hubiese querido hablar con él, pero no habría servido de nada: Pierre aún no oía. Yo esperaba con paciencia el día que estaría preocupado por algo insignificante, pero que en aquel momento me parecería el peor de los problemas, y se lo contaría a Pierre.

Esperaba, cada vez con más ganas, el día en que él volvería a alegrarme con su sonrisa. Y como tantos otros días, me fui a casa con tan solo la esperanza en el horizonte de que se recuperaría pronto, una esperanza cada vez más lejana.

Así han pasado días y días, y mañana ya hará tres semanas que Pierre está en el hospital. Estos últimos días me han informado de que ha mejorado y que no tiene afectaciones psíquicas derivadas de la falta de oído. Ahora mismo estoy a punto de entrar en el despacho de la tuerca especialista que me dará los últimos informes. Yo estoy seguro de que recuperará el oído y volveremos a tener aquellas fantásticas charlas. Hablo con la especialista y a medida que voy escuchándola, voy augurando algo que mi cerebro se resiste a admitir. Salgo de allí destrozado y con un veredicto: Pierre no volverá a oír. Se ha quedado sordo de por vida. ¿En qué estaría pensando cuando adiestraba a aquel martillito neumático? ¿No se daba cuenta de que lo que le podía pasar no solo le incumbiría a él? Y es que él, como tantos otros, y como yo, no le daba importancia a lo que le podía ocurrir. Y no se dio cuenta de que afectaría a cuantos estamos a su alrededor. No se dio cuenta de que era mi única compañía.

Me dispongo a salir del hospital para enfrentarme a la cruda realidad: estoy solo. Cuando estoy a unos metros de la puerta, unos enfermeros gritan el nombre de una joven tuerca. Le está cayendo una biga encima. Alguien no la puso correctamente y está a dos segundos de matarla. Es joven y tiene amigos, tiene toda la vida por delante. Yo soy viejo y sin nadie que me escuche. Así que, sin dudarle, me lanzo sobre ella, y en aquel instante doy valor a todas las pequeñas cosas cotidianas que nos parecen tan simples, y que son tan importantes.

Paso a ser, simplemente, daños colaterales.

Jan Sobrevia Gago

15 años

INSTITUTO MANUEL BLANCAFORT

La Garriga (Barcelona)

⁴Malleus: Martillo en latín